

Mientras

Trinca de Jaso

CUENTO

HABIA una vez un niño que tenía unos ojos muy grandes y unas manos muy dibujadas.

A este niño lo mandaron al colegio y se le llenaron los ojos de tristeza y los dedos también de tinta y de tristeza.

El niño fue creciendo por las calles de Madrid, así que afortunadamente se le fueron limpiando los ojos, los dedos y los escapularios.

Un día, conoció a una muchachita y los dos sonrieron como sólo saben sonreír los niños y la flor del almendro.

(Al mismo tiempo estoy escuchando a Shubert, así que no sé cuándo escucho ingenuos recuerdos y cuándo escribo inefables armonías. No lo sé.)

Pasaron los años y vino la guerra con cara de maño de cine, pero incendiando de verdad los edificios más bonitos de ~~Madrid~~ ^{Madrid}. El niño ya era un joven en edad militar, pero todavía no me han explicado cuándo ni cómo se alcanza esta difícil ^{aquí} calidad de renunciar a la propia iniciativa y estar en condiciones de que le peguen a

sustitución o tachadura que me veo obligado a emprender

uno un tiro o de pegárselo al soldado de enfrente exclusivamente por la posición que ocupa en el mapa del alto mando.

Cuando pasó todo aquello y cuando los soviéticos entraron en Berlín, el niño se refugió en Tierra de Campos, al lado de María y de la Monse, y volvió a sonreír con alguna dificultad porque casi lo tenía olvidado.

(Al mismo tiempo, estoy escuchando a Shubert, así que no sé si precisamente se llamaba María de las Mercedes o se trata de un efecto puramente musical.)

Al ir llegando al final de su vida, recorrió Cuba en guagua, otras veces en avión y otras, incluso en los coches del ICAP.

Se puso moreno, se blanqueó su sonrisa.

Poco más o menos, esto es todo: la Sinfonía ha terminado y yo voy a dar una vuelta por el barrio de Moratalaz.

12-7-68

2º p. cuento ("Había una vez un niño") [variantes]

Pasaron los años y vino la guerra con cara de malo de cine, pero incendiando de verdad los edificios más bonitos del niño ya era un joven en edad militar, pero todavía no me han explicado ^{ni por qué he de} cuándo ni cómo se realiza esta absurda sustitución ^{que un niño destruye} de la acera de enfrente. ^{me turba el sentido. enturbia y turca}

Cuando ~~pasó~~ ^{pasó} todo aquello y cuando los soviéticos entraron en Berlín, el niño se refugió en Tierra de Campos, al lado de María y de la Monse, y volvió a sonreír con alguna dificultad porque casi lo tenía olvidado.

(Al mismo tiempo, estoy escuchando a Schubert así que no sé si precisamente se llamaba María de las Mercedes o se trata de un efecto puramente musical.)

Al ir llegando al final de su vida, recorrió Cuba en guagua, otras veces en avión y otras, incluso en las máquinas ^{coches} del ICAP.

Se puso moreno, se blanqueó su sonrisa.

Poco más o menos, esto es todo: la Sinfonía ha terminado y yo voy a dar una vuelta por el barrio de Moratalaz.

CUENTO

HABIA una vez un niño que tenía unos ojos muy grandes y unas manos muy dibujadas.

A este niño lo mandaron al colegio y se le llenaron los ojos de tristeza y los dedos también de tinta y de tristeza.

El niño fue creciendo por las calles de Madrid, así que afortunadamente se le fueron limpiando los ojos, los dedos y los escapularios.

Un día, conoció a una muchachita y los dos sonrieron como sólo saben sonreír los niños y la flor del almendro.

(Al mismo tiempo estoy escuchando a Shubert, así que no sé cuándo escucho ingenuos recuerdos y cuándo escribo inefables armonías. No lo sé.)

Pasaron los años y vino la guerra con cara de malo de cine, pero incendiando de verdad los edificios más bonitos de Madrid. El niño ya era un joven en edad militar, pero todavía no me han explicado cuándo ni cómo se alcanza esta difícil cualidad de renunciar a la propia iniciativa y estar en condiciones de que le peguen a uno un tiro o de pegárselo al soldado de enfrente exclusivamente por la posición que ocu-

./...

Ala una vez en alta sea tanta una cosa muy

trabaja y una cosa muy diferente.

En este caso lo mismo es el caso y se lo tiene

con los ojos de tristeza y los ojos también

de tanta y de tristeza.

Al año que estubo por las calles de Madrid, así

que el sentimiento se lo fueron limpiando los

ojos, los labios y los pensamientos.

En día, conoció a una muchacha y los dos se fueron

con como sólo saben sentir los niños y la flor

del momento.

(Al mismo tiempo estoy acostumbrado a pensar, así que

no se puede decir que fueran recuerdos y cosas

ocurridas en la vida, lo sé.)

Estaban los años y vino la guerra con todo esto

de cine, pero finalmente se volvió los años

con sus historias de Madrid. Al año se fue un

goven en edad militar, pero todavía no se han

explicado cuando ni cómo se alzó esta vida

con cualquier de remolinos e in propia historia

ya y estar en condiciones de que se fueron a

una en todo o en parte al estado de la

atención y el momento de la historia que era

pa en el mapa del alto mando.

Cuando pasó todo aquello y cuando los soviéticos entraron en Berlín, el niño se refugió en Tierra de Campos, al lado de María y de la Monse, y volvió a sonreír con alguna dificultad porque casi lo tenía olvidado.

(Al mismo tiempo, estoy escuchando a Shubert, así que no sé si precisamente se llamaba María de las Mercedes o se trata de un efecto puramente musical.)

Al ir llegando al final de su vida, recorrió Cuba en guagua, otras veces en avión y otras, incluso en los coches del ICAP.

Se puso moreno, se blanqueó su sonrisa.

Poco más o menos, esto es todo: la Sinfonía ha terminado y yo voy a dar una vuelta por el barrio de Moratalaz.

A
CC

CUENTO

HABIA una vez un niño que tenía unos ojos muy grandes y unas manos muy dibujadas.

A este niño lo mandaron al colegio y se le llenaron los ojos de tristeza y los dedos también de tinta y de tristeza.

El niño fue creciendo por las calles de Madrid, así que afortunadamente se le fueron limpiando los ojos, los dedos y los escapularios.

Un día, conoció a una muchachita y los dos sonrieron como sólo saben sonreír los niños y la flor del almendro.

(Al mismo tiempo estoy escuchando a Shubert, así que no sé cuándo escucho ingenuos recuerdos y cuándo escribo inefables armonías. No lo sé.)

Pasaron los años y vino la guerra con cara de maño de cine, pero incendiando de verdad los edificios más bonitos de Madrid. El niño ya era un joven en edad militar, pero todavía no me han explicado cuándo ni cómo se alcanza esta difícil calidad de renunciar a la propia iniciativa y estar en condiciones de que le peguen a

uno un tiro o de pegárselo al soldado de enfrente exclusivamente por la posición que ocupa en el mapa del alto mando.

Cuando pasó todo aquello y cuando los soviéticos entraron en Berlín, el niño se refugió en Tierra de Campos, al lado de María y de la Monse, y volvió a sonreír con alguna dificultad porque casi lo tenía olvidado.

(Al mismo tiempo, estoy escuchando a Shubert, así que no sé si precisamente se llamaba María de las Mercedes o se trata de un efecto puramente musical.)

Al ir llegando al final de su vida, recorrió Cuba en guagua, otras veces en avión y otras, incluso en los coches del ICAP.

Se puso moreno, se blanqueó su sonrisa.

Poco más o menos, esto es todo: la Sinfonía ha terminado y yo voy a dar una vuelta por el barrio de Moratalaz.

CUENTO

yo escuchaba la lluvia sin entenderla, sus líneas sonaban y se sucedían, pasado, futuro y presente se deslizaban íntimamente fundidos en la fina lluvia de madrugada.

Había una vez un niño que tenía unos ojos muy grandes y unas manos muy dibujadas.
A este niño lo mandaron al colegio y se le llenaron los ojos de tristeza y los dedos también de rinta y de tristeza.
El niño fue creciendo por las calles de Madrid, así que afortunadamente se le fueron limpiando los ojos, los dedos y los escapularios.
Un día, conoció a una muchachita y los dos sonrieron como sólo saben sonreír los niños y la flor del almendro.
(Al mismo tiempo estoy escuchando a Schubert, así que no sé cuándo escucho ingenuos recuerdos y cuándo escribo inefables armonías. No lo sé).
Pasaron los años y vino la guerra con cara de malo de cine, pero incendiando de verdad los edificios más bonitos del niño ya era un joven en edad militar, pero todavía no me han explicado cuándo ni cómo se realiza esta absurda sustitución de la acera de enfrente.
Cuando cesó todo aquello y cuando los soviéticos entraron en Berlín, el niño se refugió en Tierra de Campos, al lado de María y de la Monse, y volvió a sonreír con alguna dificultad porque casi lo tenía olvidado.
(Al mismo tiempo, estoy escuchando a Schubert, así que no sé si

precisamente se llamaba María de las Mercedes o se trata de un efecto puramente musical.)

Al ir llegando al final de su vida, recorrió Cuba en guagua, otras veces en avión y otras, incluso en las máquinas del ICAP.

Se puso moreno, se blanqueó su sonrisa.

Poco más o menos, esto es todo: la Sinfonía ha terminado y yo voy a dar una vuelta por el barrio de Moratalaz.

CUENTO

yo escuchaba la lluvia sin entenderla. sus líneas sonaban y se sucedían. pasado, futuro y presente se deslizaban íntimamente fundidos en la fina lluvia de madrugada.

Había una vez un niño que tenía unos ojos muy grandes y unas manos muy dibujadas.
A este niño lo mandaron al colegio y se le llenaron los ojos de tristeza y los dedos también de tinta y de tristeza.
El niño fue creciendo por las calles de Madrid, así que afortunadamente se le fueron limpiando los ojos, los dedos y los escapularios.
Un día, conoció a una muchachita y los dos sonrieron como solo saben sonreír los niños y la flor del almendro.
(Al mismo tiempo estoy escuchando a Schubert, así que no sé cuándo escucho ingenuos recuerdos y cuándo escribo inefables armonías. No lo sé).
Pasaron los años y vino la guerra con cara de malo de cine, pero incendiando de verdad los edificios más bonitos del niño ya era un joven en edad militar, pero todavía no me han explicado cuándo ni cómo se realiza esta absurda sustitución de la acera de enfrente.
Cuando cesó todo aquello y cuando los soviéticos entraron en Berlín, el niño se refugió en Tierra de Campos, al lado de María y de la Monse, y volvió a sonreír con alguna dificultad porque casi lo tenía olvidado.
(Al mismo tiempo, estoy escuchando a Schubert, así que no sé si

precisamente se llamaba María de las Mercedes o se trata de un efecto puramente musical.)
Al ir llegando al final de su vida, recorrió Cuba en guagua, otras veces en avión y otras, incluso en las máquinas del ICAP.
Se puso moreno, se blanqueó su sonrisa.
Poco más o menos, esto es todo: la Sinfonía ha terminado y yo voy a dar una vuelta por el barrio de Moratalaz.

12-7-68

